

DISCURSO

SOBRE

LOS PRINCIPALES DEBERES

DEL HOMBRE EN SOCIEDAD.

COMPUESTO.

Por el Bachiller en Leyes y Profesor en sagrados cánones,
D. Gregorio María Sanchez Couceiro, vecino de la Villa
de Puente-Heume Reino de Galicia, y pronunciado por él
mismo el día 28 de Enero del presente año de 1827
en la Academia de Oratoria de esta Real
Universidad de Santiago.

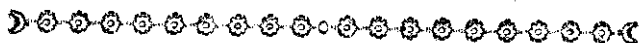
José Lopez de Vega
Pro.

CON LICENCIA EN DICHA CIUDAD.

En la Imprenta de D. Juan Francisco Montero,
año de 1827.

PROLOGO.

Amado Lector: al ver con satisfaccion el aprecio que se ha merecido este pequeño parto de mi joven é inexperta erudicion (aunque grande por el objeto), y al considerar lo útil que podrá ser el desenvolver segun lo permitan mis cortas luces, las causas de un error, cuyos funestos resultados por desgracia han patentizado nuestros ojos; créi como esencial deber de un buen Español, dar al público los primeros ensayos de Oratoria, dedicados al amor y exaltacion de la Soberanía como el unico deber social, que reasume en sí todos los restantes del hombre en Sociedad.



NOBLE AUDITORIO.

La impericia que en mí observo, para formar un discurso sólido, correcto y con todas aquellas bellezas y encantos que exige el arte, me atemoriza y me hace desconfiar no sea el presente de vuestro agrado, particularmente sobre la materia que tanto se trató de sutilizar en los aciagos días de revolucion. En efecto, esta desconfianza de mí mismo, me ha hecho estremecer mil veces á la vista de una materia tan basta, aunque impresa con caracteres indelebles en toda la naturaleza; mas no obstante, una pequeña esperanza me ha dado fuerzas para introducirme y penetrar hasta lo posible, los inmarcesibles tesoros de esta madre comun. Si Señores: confiado en la benignidad que es característica en vosotros, y que tendreis en consideracion, ya lo árduo del asunto, ya mi insuficiencia, é ya el rubor que es propio en semejantes puestos; me hace deponer todo el temor de que estaba poseido mi corazon, y emprender una obra, que aunque superior á mis fuerzas, por la sublimidad de ideas que exige, es del todo importantísima máxime en las circunstancias, para hacer ver á todo Demócrata, ha errado mucho en la direccion que ha tomado, y que si no retrocede, despues de haber demolido los fundamentos del ór-

den social, quedará el mismo sepultado en sus ruinas. Manifestaré en pocas y sencillas palabras: *Los principales deberes del hombre en Sociedad*; estableciendo como preliminares, los medios que se han adoptado para apartarle de aquellos; materia, que al paso de estar grabada por el Autor supremo en todos corazones, ha sido bien disfrazada por la malicia de los hombres.

Es bien sabido que habiendo saltado estos los diques de la razon, no hay barrera que pueda contenerlos. Pasma verdaderamente, Sábios, el recorrer la chusma de folletos que se han escrito en los recientes y tenebrosos dias de rebelion, para acabar de alucinar imaginaciones puestas por una crasa ignorancia, en el borde del precipicio. Ellos no se ven mas que amenizados con agudezas, prestigios, paralogismos, dichos pomposos, sales, sátiras....; en fin, todo lo mas seductor para introducir suavemente la ponzoña de derechos imaginarios en todos los corazones endeblés. ¡Gran Dios, de cuanto no es capaz el hombre despues que os ha abandonado, y se ha entregado todo á sí mismo! Horacio hace de los unos y de los otros una descripcion bastante elegante. Los hombres, dice: son en esta habitacion de muerte, una comparsa de caminantes, á quienes sorprende la noche en una espesa robleda; desean salir de ella, y fiandose de un conductor que los extravía, caminan: el uno toma la derecha, aquel la izquierda; en fin, todos en la diversa direccion que han seguido, creen llegar al punto de reunion, y sin conocerlo, caminan mas y mas á su extravío: véase su libr. 2.^o sat. 3. La guia es la culpable por el engaño, la obscuridad de la noche no hay duda les impide á los caminantes salir de su error, mas estos tienen contra sí una presuncion muy fuerte, por haberse entregado en manos quizá de un malhechor, que sin

5
duda los conduciría á su ruina. De la misma suerte, esa libertad tan decantada, esos derechos del hombre ciudadano que tanto han cacareado los filósofos de la moda, son, digámoslo así, el vehículo que ha servido para retraerle de la dirección que la pureza de su corazón le señalára, y conducirlo á un insondable abismo de inconsecuencias. ¡Oh malicia humana! ¡oh corazones gangrenados por la impié-
dad, á que grado de frenesí os han conducido vuestras desordenadas pasiones, pues no recelais prostituir los nombres mas puros, y hacerlos el comodín de vuestros tenebrosos clubes!..... si, de esos depositos del error, en donde no se respira sino el fétor insoportable, de una sentina toda libertina.

Para substraer y substraerse pues, de los deberes que la naturaleza y su soberano autor han marcado con benéfica mano, se habló con descaro de la libertad, con insolencia de la igualdad, el vicio tomó el asiento de la virtud, la impiedad formó su orgulloso trono sobre las ruínas de aquella, se han confundido las nociones, prostituido los términos; en fin, todo sufrió una criminal alteración. Unos decian; soy libre, no hay quien mande sobre mí: otros; todos somos iguales, soy tanto como el Principe. El uno porque era libre, se creia autorizado para mofarse hasta de lo mas sagrado, creyendo que la libertad consistia en dejar al hombre en el pleno ejercicio de sus pasiones, y cual caballo desenfrenado, sin rienda que le contuviese: el otro porque era igual, se arrogaba el derecho de substraerse de la potestad del Magistrado, haciendo de ésta suerte un suversivo parangonismo, entre las potestades y los subditos. Ultimamente (tiemblo al decirlo), gritaban con desvergüenza y altivez, y decian al Soberano: la Soberanía reside en la nacion, por consiguiente solo esta tiene la potestad legis-

o

lativa y no otro alguno. ¿Por qué te obedecemos porque somos iguales á tí. ¿Es este el tiempo de ilustracion de que tanto se glorían nuestros *Corifeos*? ¿Son estas aquellas doctrinas sólidas, que constituyendo de tradicion en tradicion el noble carácter español, nos han conservado los tiempos, apesar del ayre destructor de las revoluciones, y formado la dicha y consistencia de los imperios? De suyo se vé: exentos aun los hombres de una corrupcion general que hace tiempos amenaza ruina; contenidos en el circulo de sus deberes; propicios al bien; fieles observadores y fieles creyentes; no han erguido su debil cerviz, ni menos escudriñado los recónditos arcanos que el Altísimo tiene reservados en la oficina de su augusta omnipotencia, para hacer ver á todo el que piense con alguna protervia, nada será el resultado de sus temerarios proyectos; pues como dice Platon, no puede adorarse á este Dios inaccesible, sino en silencio. Al contrario los modernos, desquiciados de un régimen que el supremo ser aprobaba, han sido sumergidos en un abismo de males. Las constituciones robustas, las edades lejanas, las facultades parciales, y las felicidades políticas, han variado de rumbo como el corazon del hombre. La afeminacion hija de la corrupcion, ha merecido entre estos gran séquito; los vicios en el mayor auge, minoraron su periodo vital, un excesivo lujo consecuencia de lo primero, arruinó las propiedades; y un conjunto de fuentes viciosas, han echado por tierra aquella permanente felicidad de todas las naciones. ¿Que resultado podrán pues tener los proyectos humanos en medio de tanto caos? Los de un ciego, que temerariamente intenta ir sin conductor, por donde su capricho le dirige. Ya no es extraño, Sábios, que esta clase de insensatos como dice Bossuet, bajo del imperio de Dios, entre sus obras, y

7
en medio de sus beneficios, se atreven á desobedecer sus mandatos, cuando su principal prurito consiste en que desaparezca todo orden de la faz de la tierra; su alma muy distante de poder conseguirlo, se gloria que el daño sea general. No debe por lo mismo sorprendernos clamen y griten descompasadamente por el libertinage, la igualdad de derechos, el desorden, y últimamente por un trastorno universal, cuando no recelaron hollar las palabras del mismo Dios: *Omnis anima potestatibus sublimioribus subdita sit, non enim est potestas nisi à Deo.*

Estos y otros muchos son los principios que los filósofos modernos como unos meros copistas, han esparcido por todo este grande emisferio, y sacado de otros muchos que ya antes de ahora acinaron sobre la misma materia. M. Diderot, Alembert, Rousseau, Pufendorf y otros muchos, despues de haber deshecho las entrañas de su patria con tan infernales sistemas, han querido sepultar entre sus ruinas á todo el universo entero: han sentado mil y mil paradojas para trastornar este orden eterno que la naturaleza por sí misma reglára: han hecho al hombre libre esclavizándolo mas: le han dado derechos que jamas existieron ni eran posibles; no dudaron igualarse y aun envidiar la suerte de los Canibales y Esquimales para pulverizar y deformar los decretos del Altísimo: finalmente quieren ser libres solo por ser, y siendolo no saben serlo. Si, verdaderamente no saben serlo, porque ¿qué mejor libertad que aquella que es modelada por una ley eterna, y que siendo como el Bastion del edificio social, sostiene esta frágil cadena que el Autor supremo desde el principio de los siglos, entabló para la felicidad humana?

El principal origen de estos descabellados sistemas, es el creer ó el hacer que creen que la Soberanía reside en

la nacion: Sabed, Señores, que desde el momento mismo que los hombres han querido poner en práctica semejante pamema, la misma *Sociedad* desde aquel instante, miró siempre secas las causas de su prosperidad y subsistencia. Corramos para confirmacion de esta verdad, el lastimoso bastidor que tan vivamente nos presenta la contemplacion de lo acaecido en nuestros dias, y verémos.... pero ¿qué es esto?... un temblor secreto ofusca mi alma... ¡gran Dios, fortalecedme para explicar lo que á mi vista se presenta.... amados oyentes, prestadme vuestros corazones para resistir la impresion mas viva que agitó á mi pecho... Mirad, mirad aquí una multitud de familias, marcadas sus nobles frentes con el anatéma de proscripcion y de muerte: allí, los clamores y tristes quejidos de padres desconsolados, que lloran la muerte de sus queridos hijos: allá, hijos huérfanos y esposas inconsolables por la pérdida de sus mas caros objetos: acullá, una porcion de valerosos españoles, espirando á los golpes del hierro insano, y al furor de una gavilla de foragidos: todo, todo presenta el objeto mas horroroso que criatura humana puede figurarse. Aun las mismas campiñas á quienes tocó la infeliz suerte de servir de teatro para tan cruel ensayo, se muestran todas horrosas y desiertas. Adelantad mas la vista, y vereis á la amable *Sociedad*, que anda tras los respetables restos de aquellos valerosos campeones, que han sabido despreciar los horrores de la muerte por su Rey, y por su Patria; ved como los estrecha entre sus descarnados brazos, y les dice aplicándolos á su augusto seno: "Venid, venid cenizas preciosas, yo os depositaré en el archivo de mi corazon, la fria y helada tierra no os consumirá; vuestra fama será un precioso clarín, cuya sonora voz se confundirá en la noche de los tiempos, para hacer ver á toda la posteridad habeis cum-

9
„plido con los deberes del hombre social y que”.... pero ¿á donde se dirige mi acalorada fantasía? Perdonad señores, no lo extrañéis supuesto tambien á mí me tocó de cerca: apartemos cuadro tan lastimoso de nuestra vista, pues verdaderamente es preciso no tener corazon para no quedar conmovidos.

Si, ellos no se han hecho cargo de la imposibilidad de su instalacion: Dios mismo el autor de todo lo criado, puso los cimientos á la Soberanía en el primer hombre, no los puso sobre sus descendientes pues les dijo: *qui resistit potestatibus, Dei ordinationi resistit*. Miran con indiferencia los reproches de la conciencia; atropellan la Enciclopedia; desprecian la Historia y monumentos sagrados: aseguran que en los tiempos primitivos y que en la edad de oro hubo convenciones, establecieron igualdades y no recelaron llamar feliz á la vida nomada, asegurando que la voluntad de todos era una, y que esta no recibia alteracion, por cuanto no se conocian propiedades algunas que acibarásen su dicha. Estos son á mí entender los fabulosos tiempos en que D. Quijote enderezaba los tuertos; entonces todo era holganza y paz, todo era molicie, la naturaleza miraba con cara risueña todos los sucesos, y los hombres constituidos en medio de un cumulo de felicidades, nada tenian que apetecer; en fin, yo creo que la principal ciencia de nuestros filósofos está en quien desatinar mas.

Rousseau mismo en su contrato social, no sale como desenvolverse, cuando llega á establecer asociaciones de hombres que se dispersan para su libertad; hombres que siendo libres, se congregan para su esclavitud; asambleas en las que por una virtud mágica, cada individuo es al mismo tiempo constituyente y constituido; con voluntad libre y voluntad moral; sacrificando su libertad sin dejar por eso

de ser libre... pero ¿á cómo me introduzco? parece entro en un laberinto de difícil salida. Su mismo autor convencido de esto mismo, vino por fin á confesar, que todas las historias han demostrado desigualdades ¿cómo se premiaría el mérito (dice el mismo) sino hubiese en los tiempos primitivos gefes que pudiesen juzgar á cerca de él? ¿y cómo podría juzgarse á cerca de él, sino hubiese leyes, ni premiarse sin propiedades preexistentes?

Pufendorf celebre por su adhesion á la independencia, afirma con Aristoteles que en el estado primitivo, los padres en cualidad de gefes, egercian un imperio semejante al Real. Otros muchos dicen, que cada padre de familias, coronado por la naturaleza, era el soberano el legislador, y el que decidia sus contiendas, y á medida que crecia aquella pequeña sociedad de que era padre, se aumentaba su soberanía, y que por consiguiente antes de haber pueblo, hubo soberano. Recorramos toda clase de edades por lejanas que sean, y sacaremos en limpio que jamas ha existido la pretendida igualdad de derechos. Porque ¿cómo igualaremos los de un padre á los de un hijo, que ya antes de su existencia y antes de pensar ser, los tenia muy anteriores de la misma naturaleza, é ya proveyó para su subsistencia ciertas propiedades que un recién nacido necesita, y sin las que pereceria infaliblemente al rigor de los elementos? ¿Qué hacen los salvages mas idiotas, sino sujetarse á un caudillo que los dirija en sus escursiones?.... Sino temiera el ser demasiado prolijo, citaria á los profetas mas clásicos de la independencia, para mostrarlos como á Rousseau y Pufendorf que abrumados con las densas tinieblas de sus sofismas, ceden como por una fuerza oculta al honroso yugo de la razon. De esta suerte no dudo cedan los numerosos discípulos, que un furor democrático pudo atraer á su desastrada

confederacion; mas como dice cierto filósofo: los defectos del alma son como las heridas del cuerpo, por mucho cuidado que pongamos en curarlas, siempre queda la cicatriz, y están expuestas á cada momento al peligro de volverse á abrir. Efectivamente, Señores, la Francia por sí tan sola nos da una idea bastante clara del bello carácter que los constituye: oigamosla que nos grita con voz dolorida y penetrante y nos dice: "Españoles, hijos de predileccion, propulsad „ esos gusanos roedores, esos hidrofobos, que sin sentir introducir el veneno de la rebelion en todo corazon incapto; „ ellos ciertamente usan de lenitivos al principio, mas despues que han hecho presa son crueles: despreciad sus „ cautelosas máximas, mirad con horror los nombres de „ libertad igualdad, y fraternidad en el peligroso sentido „ que ellos los toman, y que tanto daño me han hecho. Igualmente no creais que el pueblo tuviese ni tenga facultad „ alguna legitima, para darse constituciones, ni quiera como „ soberano, lo que como vasallo aborrece: Si os hablan de „ de representantes, decidles, que la soberanía es un acto „ personalísimo, y que no puede ser representada supuesto „ no puede ser enagenada: Obedeced á los legítimos sucesores de aquella potestad naciente si quereis ser felices: „ Miraos en mi espejo, él no se ha empañado por el transcurso de los tiempos. ¡Pluguiera al cielo que mi pasada „ é infeliz situacion, sirviese de ejemplo á todas las naciones del orbe!"

Luego ¿qué mas hay que esperar? ¿no vemos las funestas consecuencias, que en todos tiempos ha traído la expansion de semejantes derechos? Díganlo sino Roma y otras muchas republicas; mientras han sido gobernadas y sostenidas por sus primitivos gefes, por sus Reyes, han florecido las artes y las ciencias, llegando la agricultura á un

estados, diganlo así, de perfeccion; ¡y qué sucedió luego que el pueblo se creyó soberano? continuas disensiones entre este y el Senado, sublevaciones y motines: las artes y las ciencias aunque llegadas á un estado bastante regular, era precaria su subsistencia, por las continuas defecciones que asolaban hasta los mas bastos y mas hermosos terrenos.

Cualquiera que por la efluencia de sus expresiones tuviese la dicha de poder agradar á aquella inconsiderada multitud, era elevada á la mas alta y distinguida clase del senado; pero luego que era decaído de este concepto, ya por ser otro mas poderoso en ganar voluntades, é ya por qué la inconstancia y volubilidad de un pueblo, es tan grande cuanto el número de individuos de que se compone, caían sobre él todo genero de desgracias, todo el furor de un motin. Esto mismo bien lo conoció el Senado de Roma, cuando trató de alhagar la voluntad del pueblo para nombrar un Dictador en quien se reuniesen todas las autoridades: llegó á convencerse que para conseguir una verdadera permanencia y felicidad en asuntos políticos, se necesitaba un poder único y absoluto, que reasumiese en sí todos los poderes; porque aunque por la mancha original, no puede haber una verdadera perfeccion de acciones y sentimientos, no hay duda hay una enorme disparidad entre los daños que puede ocasionar el furor de un pueblo ayrado, que á manera de un soberbio y estrepitoso torrente todo lo tala, y todo lo destruye; á los de una suprema cabeza, que egerce funciones de padre, y que consiguientemente no hará mas que conducir por el camino de la felicidad á sus hijos naturales. Digalo sino tambien el virtuoso Ateniense Aristides, que por el mismo hecho de ser justo, y propender á la felicidad de su patria, se ve en medio de la plaza pública de Atenas y á discreccion del pueblo sufriendo la pena del ostracismo.

Últimamente ¡á que recorrer los fastos de la historia, si volviendo la vista á nuestra amada España nos ofrece ella todo lo que en esta parte deseamos! ¡Qué de estragos! ¡qué de horrores no han causado en tan poco tiempo semejantes ideas! Tacito seguramente comprendió su objeto cuando dice: la libertad y la igualdad, han sido los medios que han servido para divertir al pueblo en todas las revoluciones; se les pone á la vista para sujetarle á la dominacion, y librandole de un yugo le sujetan á otro.

Creedme pues, estos son los medios que han servido para apartar á los hombres de sus innatos deberes, y estos son por último los que aquejaron á su ruina á tantas naciones. Convenzámonos de una vez, que la potestad de nuestros legítimos Monarcas, no es arbitraria ni constituida por la fuerza y el poder, como dicen los *Corifeos*; sino que dimana del ser supremo; de este ser á quien Ovidio, Homero, Virgilio, Pitagoras y otros muchos del paganismo, tributaban su obsequio llamandole principio de todo lo criado; padre y soberano señor de los hombres y de los Dioses; espíritu universal que penetra y se difunde en toda la naturaleza; razon, vida y movimiento de todos los seres; y Rector y Gobernador supremo, de donde se derivan todos los poderes. He aquí lo divino de su origen, y he aquí porque los Egipcios, Persas, Escitas y otras muchas naciones aunque barbaras han respetado con tan indecible extremo á sus Reyes y á sus leyes. Estas, segun los hombres mas sábios de la antigüedad, no son una invencion del entendimiento humano, ni una constitucion arbitraria de los hombres; no deben su origen, como dice Sofocles, á ninguna naturaleza mortal, sino que vienen de lo alto, bajan del mismo cielo, y son una sequela de la eterna razon que gobierna el universo.

Sábios, ojo alerta contra aquellos innovadores, que osados intenten apartarnos de los justos deberes marcados por tan supremo hacedor: ellos son muy grandes, y el que no los cumple, se hace reo proporcionalmente de un delito. Amar la virtud, odiar el vicio, propender al bien estar de sus semejantes, y obedecer y respetar ciegamente las leyes y á la cabeza del cuerpo *Social*, que es el Rey; son los mas principales y esenciales deberes del hombre *en Sociedad*.

Yo no dudo que algunos criticarán mi demasiada detencion sobre este último, pero si se hacen cargo que este es el mas principal deber, y el que, digamoslo así, abraza los restantes, llegarán á convencerse no ha sido nada mas lo que sobre este punto he dicho; porque ¿podrá dudarse que el que respeta, obedece y sacrifica si es preciso hasta su misma existencia por su Rey y por su Patria cumple con todos los deberes sociales en general? Seria ciertamente muy estúpido, el que no se subscribiese á la afirmativa de tan sólida verdad. El ama la virtud, porque obedece los mandatos de la naturaleza y de su soberano autor, y aborrece todo lo que no está sancionado por estos: odia el vicio, porque no es posible tenga cavida la iniquidad en un corazon dispuesto al bien: propende á la felicidad de sus semejantes, porque por ellos sacrifica comodidades, placeres, y todo lo mas precioso, haciendolo por su patria: codicioso del amor de todos, no halla cosa que mas la deleite que contribuir por su parte al reposo y felicidad de sus compatriotas. Ultimamente, él es un bien inapreciable para la *Sociedad*, y lo será para toda la posteridad mientras la virtud dirija sus operaciones. ¡Virtud!.... ¡dulce nombre!... ¡delubro de nuestra dicha! Tu, tu sola eres aquel luminoso fanal que dirige los seres al digno objeto de su creacion; sin tí nada hay dichoso, todo es lúgubre, todo es horror. Aun

los mismos revolucionarios por malvados que sean, no se atreven á declararse abiertamente sus enemigos, y cuando quieren perseguirla, fingen creerla falsa, ó la imputan crímenes. Mas prescindamos de esta clase de entes ensimismados, que repercutiendo de objeto en objeto, de placer en placer, y de vicio en vicio, nada hacen ni piensan sino con relacion al deleite; preguntemos á un sano filósofo qué podrá esperarse sin la práctica de tan sólido tesoro, y oírémolos lo que la experiencia ha acreditado: Cabálas, defecciones, infraccion de leyes tanto naturales como civiles, conflagraciones intestinas, y por último la *Sociedad* hecha víctima y sepultada entre escombros. Evitemos tantos males, si queremos ser útiles á nuestros semejantes; mas estad seguros no puede, no puede conseguirse sin la virtud.

La religion santa de donde emanan tan sanos principios, nos hace llevadera cualquiera escabrosidad que á nuestra finita comprension se le oponga. En efecto, Sábios, ella ademas de robustecernos con sus sacras luces, para que consigamos una mansion toda dichosa, y destinada tan solo á los que obran bien; nivela los intereses personales con los del estado, y une los corazones con un fuego divino, conocido por cierto tanto en el corazon del mas humilde gañan, como en el del voluptuoso cortesano en medio de sus desvarios. Ea pues, imitemos la heroicidad de los jóvenes Atenienses, que juntos en el templo de Agraule, juraban sacrificar su existencia por la religion y por la patria si queremos exentarnos de un profundo cocito, preparado para aquellos espíritus de discordia, que aun conciben esperanzas ilusorias sobre la ruina del genero humano. De esta suerte seremos felices, no habrá disensiones porque todos caminarán á un mismo fin: el trono levantado en medio de la *Sociedad*, será á manera de un alto y hermoso

collado, de donde se despenden copiosos beneficios para aquellos que mereciesen por medio de las virtudes el feliz renombre de hijos predilectos de la patria: El Soberano obedido y respetado por sus vasallos, no hará cosa alguna que no tienda á la felicidad de estos. Entonces reconociendo por legítimos sucesores de aquella potestad naciente, á nuestros actuales Soberanos, y convenciendonos de que es una emanacion de la divina, llegáremos al colmo de la dicha y de la paz. Entonces, obedeciendo las palabras del mismo Dios: *per me Reges regnant, et legum conditores justa decernunt*: podremos decir con satisfaccion; *cumplimos con los deberes del hombre social.* HE DICHO.